

Por Alejo Carpentier.

I

ONCE AÑOS de ausencia confieren, indiscutiblemente, al regresar a la patria un alma de turista a quien ha estado alejado de ella durante tanto tiempo... Se sitúa uno ante las cosas propias—ante aquellas que sirvieron de marco a la infancia y de complemento a los sueños de la adolescencia—con ojos nuevos y un espíritu virgen de prejuicios. Además, los azares de andanzas por otras tierras suelen traer a la mente más de un punto de comparación y referencia... Y, hostigado por una curiosidad nueva, el observador en casa propia se siente impelido a revisar valores, a rejuvenecer sus nociones, a visitar minuciosamente el barrio que antaño se le antojaba desprovisto de interés, a explorar la calle que no recorrió nunca... Comprende entonces que el hábito, la costumbre, la obligada convivencia con hombres y piedras, son terribles neutralizadores de emociones, y que en el fondo encierra una gran verdad la *boutade* de Cocteau: "Si se exhibiesen centauros en un jardín zoológico, nadie iría a verlos".

"¡Comer faisán todos los días!", decía el rey Luis XIV, desconsolado, al confesor que, reprochándole sus infidelidades, le alababa los encantos de la regia esposa. "¡Tripas, otra vez!", rezongaban los pequeños pelícanos del caricaturista, viendo a la madre pelicano arrojarse las entrañas con el pico para darles de comer...

Cuando, en estos días, evoco con amigos de entonces los últimos años de nuestra adolescencia, pienso que casi todos los escritores y artistas que iniciaron sus actividades en La Habana entre 1920 y 1925 reaccionaron en cierto modo, ante esta ciudad, como los pelícanos ingratos de Caran d'Ache... Eran aquéllos los tiempos en que Miguel Ángel Limia proyectaba escribir un panfleto antihabanero, titulado *La ciudad estúpida*. Otros opinaban que "en años de Atenas, a ninguna persona sensata se le hubiera ocurri-

do vivir en el Peloponeso"... Y en las madrugadas de nuestras andanzas nocturnas, íbamos a parar invariablemente a la desaparecida y falsamente helénica gloria del Malecón, para preguntar al Morro, con un suspiro romántico: "¿Cuándo nos dejarás salir por tu boca?"... Y es que el hábito había cubierto las cosas de La Habana con una pátina tan espesa que todo descubrimiento, toda revelación se nos hacía imposible.

Ahora, turista en mi propia tierra, aprendo a considerar La Habana con un respeto ajeno a todo sentimiento íntimo y personal de cariño. Me maravillo ante su multiplicidad, ante la diversidad de la gente que la puebla, ante su pintoresquismo de buena ley. Y, por asociación de imágenes, me divierto en hallar analogías auténticas con rincones de Europa que habían retenido mi atención. Porque, si bien La Habana tiene una fisonomía, un color, una atmósfera inconfundibles, nos ofrece a veces, al doblar una esquina, al asomarnos a una bocacalle, desconcertantes evocaciones de poblaciones remotas... Cádiz, Almería, Ondárroa, Pasajes, Bayona, Morlaix, Perpiñán, Niza, Valencia, tienen sorprendentes embajadas en nuestra ciudad, sin hablar de las urbes que, como París, New York o Madrid, las tienen en todas las capitales del mundo.

Pero... esto es ya otra historia—como diría Kipling—. Trátemos por ahora de fijar nuestras impresiones de "turista nacional" en tierra propia, aplicando a La Habana los métodos de indagación que nos habíamos impuesto al "descubrir"—todo viaje es un descubrimiento para uso propio—ciudades como Madrid, Toledo, Amberes o Tours... El juego resulta extremadamente divertido, y en ciertos casos suele mostrarse revelador. Porque confieso que esta vez La Habana me ha revelado cosas que yo no había visto o "no había sabido ver" hace once años. ¿Por falta de curiosidad? Tal vez... ya que una de las facultades que Europa (continente en que el me-



nor guijarro antiguo, descubierto en un campo de labranza, se proclama monumento nacional) desarrolla en su más alto grado es la curiosidad.

Iniciemos, pues, nuestro viaje turístico a La Habana en su lógico punto de partida: la agencia de viajes.

The. Cook and sons.—

En esta esquina del bulevar de la Madeleine y de la Rue Scribe, reina, todopoderosa y peligrosamente insinuante, *l'invitation au voyage*. Poema de Baudelaire. Música de Duparc... Carteles dibujados con diabólica habilidad, nos invitan a visitar países en que, según las palabras del poeta de las *Flores del Mal*, todo debiera ser:

"luxe, calme et volupté..."

Los minaretes argelinos, las palmeras de Madera, los danzarines de Rumania, los templos birmanos, las bailarinas javanasas, los *pullmans* del *Ave Azul*, las piscinas de trasatlánticos, el *Pan de azúcar*, el Hotel Frontenac, las playas de California y, sobre todo, el triángulo isósceles y la esfera de la Exposición de New York, aparecen en las vitrinas de las oficinas de la Agencia Cook, como otras tantas invitaciones a abandonar la atmósfera de pesadilla guerrera en que vivimos desde el mes de septiembre pasado... Entre todos estos carteles, ninguno emana de Cuba—salvo aquellos publicados por compañías de navegación holandesas o inglesas, en vísperas de un *cruipe* por el Caribe.

Esto me recuerda un exceso en sentido opuesto, verdadera obra maestra de humorismo involuntario, que tuve oportunidad de apuntar en uno de mis viajes por España... Cierta vez me hallaba de madrugada en la estación de ferrocarril de uno de los pueblos más tristes y desolados de Castilla: Dueñas. En unos bancos dormitaban campesinos misérrimos, recostados en sacos de patatas. Un

niño lloriqueaba quedamente. Hacía frío.

Sobre el grupo de campesinos, un cartel de turismo, adornado con la figura de un enorme kanguro, lanzaba esta sabrosa invitación en letras de molde: "Pase sus vacaciones en Australia".

Fronteras... fronteras.—

Esta tarde he salido de la Agencia con los bolsillos llenos de prospectos y planos de trasatlánticos. ¡Está decidido! Para responder a la invitación de mi entrañable amigo Carlos Eduardo Frias, a quien debo visitar en Venezuela, tomaré una ruta quebrada: Rotterdam, New York, La Habana... aprovechando el hecho de que el buque *Rotterdam* hace escala en la ciudad de los rascacielos, antes de descender hacia el Trópico. Así podré darle un vistazo a la Feria, y, sobre todo, visitar la National Broadcasting, lo cual me interesa de manera capital, por motivos profesionales.

Fronteras... Fronteras... Desde que la atmósfera de Europa se ha llenado de efluvios de guerra, no puedo enfocar la perspectiva de atravesar una frontera, sin un cierto sentimiento de inquietud. A todo lo largo de esas líneas virtuales que delimitan países, florecen la desconfianza, la pregunta vejaminosa, la mirada amarilla, la mano que hurga maletas y palpa bolsillos, la descortesía, la sospecha perenne. Después de haber perdido días y días en obtener los

visas y autorizaciones necesarios, el viajero se expone siempre a que le declaren, más o menos arbitrariamente, que sus papeles están incompletos, o que "le falta algo" para poder disfrutar del incomparable placer de visitar tal o cual país... He aquí un sabroso ejemplo de lo que afirmo.

Al pasar de Bélgica a Holanda, inspección general de pasaportes. (¡Ya es la cuarta vez, en cuatro horas!) Un funcionario de la Policía de frontera sube al tren para examinar detenidamente los papeles de cada viajero. ¡Decididamente el pasaporte mío no le satisface! Le da vueltas, lo relee,

a

3

lo analiza con desconfianza. Me hace extrañas preguntas acerca de mis proyectos y del objeto de mi viaje. Tengo unas ganas furiosas de mandarlo a todos los diablos... ya que al fin y al cabo sólo vamos de tránsito por Holanda, para embarcarnos *esta misma noche* en un buque holandés. ¡Nada! ¡El asunto parece complicarse! ¡Ahora resulta que nos hacen bajar del tren para exponer *nuestro caso* a

una autoridad superior! ¡Somos los únicos viajeros sometidos a esta vejación!...

La *autoridad superior* vuelve a tomar el pasaporte. Lo examina. Le da vueltas. Me mira como si tuviese rayos X en las retinas: con ganas de traspasarme. Y, por fin, me pregunta con una sonrisa diabólica:

—¿Ustedes afirman que van a La Habana?

—¡Sí, señor!

—Entonces... ¿por qué su *visa* de tránsito por New York especifica que van ustedes a Cuba? (!!!).

Quedo tan estupefacto, que no hallo respuesta para esta pregunta. Por suerte, un maletero que ha oído el diálogo se permite terciar en el conflicto:

—Es que tengo entendido... que La Habana es una ciudad de Cuba.

—¡Ah!—comenta el holandés, comenzando a comprender.

...Por fin logramos regresar al tren. ¡Treinta segundos más y se nos iba!... Fronteras... Fronteras...

Compás de espera.—

Southampton será nuestra última escala europea.

Día de verano inglés, todavía frío y nublado. Buques de guerra y yates empavesados. El *Rotterdam* espera carga. Una pesada chalana se arrima a la borda. Sobre esa chalana, dos pirámides de cajas, una en la proa, otra en la popa. Me inclino sobre la borda para ver lo que nos traen.

La primera pirámide es de cajas de *whisky*.

La segunda, de soda.

¡Buen augurio para el viaje!...

Luego, comienzan los días neutros y felices del mar. Hemos dejado atrás nuestras viejas preocupaciones, y aun no hemos hallado las futuras. Inacción. Descanso total. Mar y cielo. Cielo y mar. El quinto día de la travesía cruzamos dos majestuosos *icebergs*, que pasan por nuestro lado como trasatlánticos de nieve.

Y una noche, una aparición que pone un inexplicable nudo de emoción en nuestras gargantas.

El buque-faro de Ambrose.
¡El nuevo continente!

Hacia Cuba.—

El *Rotterdam* se aleja lentamente del muelle de Hoboken. Los edificios de la más prodigiosa ciudad de los tiempos modernos se perfilan con nitidez en el cielo vespertino... La Feria de New

cen sobre el ánimo de las exaltadas multitudes: el "Ca-ira" de los franceses; el "Mambrú" de los revolucionarios europeos; y los nuestros "Tumba la Caña", el "A Pie a Pie" y "La Chambelona", han hecho más conquistas y ganado más batallas, que las más perfeccionadas ametralladoras; y también han lanzado a los pueblos a las más desastrosas empresas; lo malo de la actual situación política nuestra es que no tiene aun su música, o la que tiene no ha llegado aun a hacerse popular; en cuanto lo logre, "camina sola". Y volvamos a las décimas de Javier de Burgos que vieron la luz en *El Imparcial* de Madrid el año 1899, y se publicaron en nuestra *Discusión*, el 21 de abril del propio año. Decían así:

¿INDEPENDIENTES?

*Ya Cuba no es española;
ya nuestra honrada bandera
dada a la brisa ligera
en sus fuertes no tremola.
La luz de una estrella sola
brilla para los cubanos...*

Cardelus, oct 8/39

